

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Re-configuraciones subjetivas en la era gay en la ciudad de Buenos Aires.

Ernesto Meccia.

Cita:

Ernesto Meccia (2011). *Re-configuraciones subjetivas en la era gay en la ciudad de Buenos Aires. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/454>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

RE-CONFIGURACIONES SUBJETIVAS DE VARONES HOMOSEXUALES EN LA ERA GAY EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Existen historias de vida tan difíciles de comprender como intentar permanecer de rodillas en el fondo del mar. Entiendo por “últimos homosexuales” a las personas homosexuales que en la actualidad tienen más de cuarenta años.

Quisiera desde ahora comenzar a reducir esa marca biológica: mi unidad de análisis debió haber vivido en la ciudad de Buenos Aires o en sus alrededores aproximadamente desde la reapertura democrática de 1983. Por esos años, seguro que muchos de ellos usaron bigotes *alla* Freddie Mercury.

Escribo “homosexuales” porque las generaciones posteriores tuvieron a mano la palabra “gay” para nombrarse, y “últimos” porque, a diferencia de las generaciones anteriores y posteriores, han vivido tanto la era de la homosexualidad clandestina como la era gay caracterizada por algún grado de reconocimiento social. Así, los últimos homosexuales representarían una especie de subjetividad bisagra que podríamos llamar “homo-gay”.

Como primera aproximación a los “últimos homosexuales” podemos decir que se trata de actores sociales cuya subjetividad fue construida con los materiales de la lógica de los mundos paralelos consistente en la sobreimpresión de un mundo privado (homosexual) sobre el mundo público (heterosexual), los dos reales a su manera.

La explicación de esta sobreimpresión tiene que hacerse en términos de “necesidad” y es conocida por todos: ante un contexto objetivo de opresión, inseguridad y discriminación generalizada fue imperiosa la edificación de un mundo de sociabilidad seguro, siendo la seguridad consecuencia de la hiper-codificación de las relaciones sociales que se desarrollaban en territorios urbanos apropiados, asimismo altamente codificados. Pero, para entender el punto de vista de los últimos homosexuales no podemos demorar más en introducir la variable central de la temporalidad.

En efecto, luego de la reapertura democrática de 1983, un conjunto de cambios jurídicos, culturales y políticos, internos y externos al mundo de la homosexualidad,

¹ Sociólogo y Magíster en Investigación Social por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de “Metodología y Técnicas de Investigación Social” e “Introducción a la Sociología” (Universidad de Buenos Aires) y “Problemas Epistemológicos de la Sociología” (Universidad Nacional del Litoral).

fueron sacudiendo la relación entre ambos mundos, particularmente la relación causal de necesidad que daba su razón de ser al cosmos insular de la homosexualidad, a un punto tal que en los inicios del nuevo milenio, referirse a aquel mundo privado puede significar aludir a una falacia o bien aludir a un imposible.

No obstante, existe una dimensión más profunda de la variable temporalidad cuya crucial presencia pudo empezar a notarse cuando la temporalidad cronológica aludida en el párrafo anterior comenzó a dejar sus secuelas. Podríamos denominar a la primera como “temporalidad instituida”.

Como ya lo sugerimos, para quienes lo integran, el mundo propio es un mundo por lo general fuera de duda. Pero el estado de lo indudable no podría entenderse si no pensamos en el estado de la a-temporalidad. Fuera de la duda y fuera del tiempo: ambas sustracciones funcionan como condiciones que posibilitan leer el paso del tiempo sobre todo en términos de continuidades o sucesiones no traumáticas, es decir, como si el tiempo realmente no pasara, o como si no pasara nada importante o imprevisto a lo largo del tiempo, o como si todo lo que ocurre en el tiempo estuviera de algún misterioso modo inscripto con antelación en él.

Si la homosexualidad tal como la esbozamos más arriba tenía todos los atributos de una “institución” (normas, usos, costumbres, imaginaciones, anhelos y temores relativamente estabilizados), habría que consignar que el paso del tiempo que la devoró y la transformó en otra cosa, pudo producir en las personas que usaron ese mundo instituido como marco de experimentación, el mismo pasmoso efecto que experimentaría quien, de pie delante de un espejo, descubre que no le devuelve su imagen o que le devuelve su imagen en los confines de lo reconocible.

Para instituirse como tal, la homosexualidad necesitó colocarse fuera de todo tiempo y fuera de toda duda, también en la mente y los cuerpos de quienes la padecieron. Probablemente, la edificación del mundo privado de seguridad existencial haya funcionado como condición necesaria y suficiente para dar rienda suelta a esa idealización que entiende que el mundo entero –por más que sea una plétora de vicios e injusticias- volverá a repetirse inexorablemente.

Habría que pegarse a la piel de los últimos homosexuales para saber si lo que hablaba el lenguaje de la “liberación sexual” en los años 60, 70 y 80 formaba parte realmente de sus expectativas más profundas. El lenguaje de esta clase de liberación era cronológico y terrenal, y sus promesas representaban una alteración en la socio-dicea heterosexista de todos los días, cuyos beneficios podrían disfrutarse perdurablemente en la vida mundana.

Debo decir que me cuesta mucho dar lugar a esta hipótesis, sobre todo, porque habría que recordar que en la época de la clandestinidad la homosexualidad era una

experiencia pre-reflexiva, escasamente dada a la discursividad interna y, menos aún, a algún discurso exterior a aquel que la constituyó en algo abyecto y pavoroso, como lo testimonia la célebre frase “el amor que no osa decir su nombre”.

Lo escribo francamente, no me parece una postal sociológica pensar que una persona homosexual que tenía veinticinco años en los años 70 hacía uso del lenguaje de la liberación sexual o que creía que vivía en ese tiempo; y pienso que si algún colega lo piensa así, le estaría reclamando a un actor sito en las profundidades de la vida cotidiana que se comporte y hable como un sociólogo sin título, quiero decir, con un supuesto saber superador del saber común.

Para que un lenguaje liberador funcione es preciso que con anterioridad se construyan los objetos de los cuales liberarse, lo cual implica un trabajo de enmarcamiento cultural y político del “problema homosexual” (en rigor: el “problema heterosexual con la homosexualidad”) que, al menos en Argentina -y sin desconocer las experiencias políticas de los años 70-, todavía no tenía un lugar o no encontraba una resonancia sinérgica en aquella subjetividad homosexual mundana, sin dudas, porque dicho trabajo de enmarcamiento no contaba aún con el apoyo de un lenguaje de la “discriminación por orientación sexual”, por aquel entonces inexistente.

El momento en el que el espejo de la vida social comenzó a devolver a los homosexuales una imagen invertida de su realidad fue el indicador del proceso a través del cual un nuevo imaginario pugnaba por instituirse.

Nos estamos refiriendo al imaginario gay, un imaginario complejo, producto de sedimentaciones de cambios sociales de las más diversas procedencias, que minó las bases mismas de la institucionalidad homosexual. Éste -podríamos decir- fue el momento en que la temporalidad cronológica comenzó a ser advertida por los homosexuales, fue aquí donde la historia de los homosexuales comenzaba para los homosexuales, es decir, el momento en que otra realidad empezó a no confirmarlos tal como lo venía haciendo.

Sí: la percepción de la historia comenzaba cuando la historia terminaba y en un lapso de dos décadas primero condujo a una sentir social generalizado de acompañamiento y luego a otra reacción social no generalizada que sobrevaloraba el mundo viejo que se sentía como amenazado, como si la fuerza de la temporalidad instituida de la homosexualidad se mostrara por primera vez con toda su pesadez ante los ritmos incesantes de la temporalidad nueva. ¿Por qué, sobre el final, la temporalidad y la relacionalidad gays no recogieron el beneplácito universal de los oprimidos, si después de todo (o antes que nada) garantizaba emancipaciones objetivas?

Este enorme interrogante hemos de desarrollarlo en detalle más adelante cuando tipifiquemos las tres etapas que conforman el proceso que estamos estudiando

("homosexual", "pre-gay" y "gay"). Con todo, podríamos adelantar que en tiempos de la tercera etapa se perdió prácticamente todo lo que caracterizaba la primera: desde los enclaves territoriales de socialización clandestina, hasta los códigos secretos de comunicación secreta verbal y no verbal, pasando por las lógicas de interacción social interclasistas e intergeneracionales propios de la experiencia homosexual, todo pareciera haber sido transformado en la etapa de la gaycidad, al compás de las luchas que con éxito llevaban adelante las organizaciones sexo-políticas. Pero ya que nos referimos al éxito de las iniciativas políticas, mejor sería caracterizar la tercera etapa en términos de ganancias respecto de la primera: nuevos y heterogéneos espacios de socialización abiertos a tal fin, creciente y legítima visibilidad de los gays, leyes cada vez más inclusivas, creciente reconocimiento por parte de la sociedad mayor, declive notorio del secreto como estructurador de las relaciones sociales en los distintos ámbitos de interacción de las personas.

Pero, en principio, si este interrogante es grande es porque nos incita a salir del lugar común de pensar que siempre –desde el punto de vista de los afectados- la transformación de un entorno opresor en un contexto más amigable va a ser vivenciado en términos de ganancias. En efecto, aún cuando existen muchos ejemplos sobre cómo los efectos beneficiosos de los cambios sociales son recogidos como tales, es menos explorada la idea sociológica de las dificultades que ello puede acarrear.

Estas dificultades pueden llevarnos a pensar en términos de matices muy dinámicos la problemática del día después de la finalización de una situación opresora, sobre todo en los casos en que las subjetividades fueron palmariamente forjadas en su interior, siendo una variable a incorporar la "adaptación" a esa clase de situaciones, producto de la rutinización y la duradera duración de las mismas.

"Adaptación" desde un punto de vista fenomenológico –que en buena medida nos interesa sostener aquí- hace referencia a la forma pre-reflexiva (a mano, "adaptada") con la que los sujetos interpretan y se orientan en la cotidianeidad y, concomitantemente, a los obstáculos que a menudo deben sortear –los ellos tanto como colectividad social a la que pertenecen- para remover el "marco" (Goffman, 2006), con el que venían interpretando su realidad, asumiendo que un marco interpretativo permite no solamente la estandarización perceptiva de situaciones macro-sociales en determinada clave, sino también la estandarización perceptiva de las interacciones más pequeñas, de las otras personas y de uno mismo en esa misma clave que, asimismo, involucra la inversión de cargas afectivas y emocionales.

En palabras de Erving Goffman: *"todo marco de referencia primario permite a su usuario situar, percibir, identificar y etiquetar un número aparentemente infinito de*

sucesos concretos definidos en sus términos. Probablemente (los actores) no sean concientes de los rasgos organizados que tiene el marco de referencia, ni sean capaces de describirlo (...), pero estos obstáculos no le impiden aplicarlo fácilmente y por entero.” (2006, 25); “parece que difícilmente podemos mirar alguna cosa sin aplicar un marco de referencia primario, haciendo, por tanto, conjeturas sobre lo ocurrido previamente y anticipando expectativas sobre lo que probablemente vaya a ocurrir después.” (2006: 41).

De gran importancia, el autor afirma que lo que se enmarca, es decir, lo que se organiza para la percepción, son los mismos elementos de la actividad social que el marco instituye como propios de ella, con lo cual se forma una suerte de encerrona cognitiva en la que se *“afirma una correspondencia o isomorfismo entre la percepción y la organización de lo percibido, a pesar del hecho de que existen probablemente muchos principios válidos de organización que podrían informar a la percepción, pero no lo hacen.” (2006, 28).*

No obstante lo expuesto, existe en el análisis goffmaniano un destacado lugar para lo que denominó la “vulnerabilidad de la experiencia”: *“Supongamos que el sentido de cualquier franja de actividad está ligado al marco de la experiencia y que hay debilidades inherentes al propio proceso de encuadre. De ello se sigue, pues, que cualquiera que sea la vulnerabilidad del encuadre, también se encontrará que es vulnerable nuestra sensación de lo que está sucediendo.” (2006: 456)*

Volviendo a nuestras preguntas sobre la transición de la homosexualidad a la gaycidad, a las dificultades para alinearse a un entorno más amigable, consignemos que existiría una relación de proporciones inversa entre la capacidad para la reflexividad de las prácticas y las probabilidades de que un marco de experiencia pueda reproducirse sin mayores problemas. Analíticamente, sería imposible pensar en la vulneración de la experiencia homosexual hasta el advenimiento de la política sexual o, mejor, hasta el advenimiento de los efectos de la misma.

Por eso, por el momento, para proseguir con nuestro argumento, tendríamos que detenernos en esta idea: la experiencia homosexual se desarrollaba organizada en un marco de experiencia que muy prioritariamente posibilitaba el resguardo de la hostilidad externa y –de suma importancia- el reconocimiento entre pares.

Alfred Schutz (1974) afirmaba que la condición para decir de alguien que es un “semejante” o un “contemporáneo” es compartir una comunidad de tiempo y espacio; ambos elementos producían un “mundo al alcance efectivo” de las personas, base sobre la cual era posible toda interpretación inmediata y mediata del mundo social, y es sabido que sin estas interpretaciones no es posible la interpretación de uno mismo.

El mundo al alcance efectivo incluye como elemento principalísimo el espacio transitado a diario, hacedor de ideas, de perspectivas y de ansiedades con el mismo rango de autoridad que un manual de educación formal. A su vez, cada espacio posee lógicas temporales específicas que caracterizan una forma de habitarlo y, en más de un sentido, de poseerlo. Sin embargo, lo más importante es que las relaciones entre contemporáneos son bilaterales, en el sentido de que cada persona tiene conciencia de que la otra –de alguna manera- participa en lo que ella observa, en lo que realiza, o en lo que tiene proyectado: así, puestos a conversar saben de “qué” se está hablando, o, puestos solamente el uno frente al otro sin ver otra cosa que sus miradas ni hablar de nada, “saben” a quién tienen enfrente.

Según Schutz, el mundo al alcance efectivo en el presente, ostenta en la conciencia de los sujetos ramificaciones que se remontan hacia el pasado y hacia el futuro. Las primeras constituyen el “mundo al alcance recuperable” y las segundas el “mundo de alcance asequible”. Respecto al primero, explica que, dadas las condiciones habituales de la vida social, los sujetos cambiamos de ámbitos espaciales y de esferas de acción y que, no obstante ello, existe una expectativa intacta (o una ansiedad fundamental) que se hace presente en las subjetividades: la de imaginar que existen altas probabilidades objetivas de que esos espacios (su geografía, sus objetos, sus distancias, las personas) que dejamos de ver porque nos alejamos de ellos, estarán inalterados –casi como esperándonos- a nuestra vuelta. Y dice “expectativa intacta” y “probabilidades objetivas” porque –hasta el momento- cada vez que los sujetos retornaron los reencontraron inalterados, reencuentro que introduce al pasado en el presente o que lo actualiza a través de él.

Si nos situamos en las coordenadas actuales de la sociedad gay, podremos asentir cuán poco queda de aquellas visiones compartidas y de aquellos saberes tácitos, siendo observadores y/o protagonistas de la virgen bipolaridad consistente en la proliferación de nuevas codificaciones que tienen como correlato paradójico un notorio descenso en la intersubjetividad entre homosexuales y gays. Imaginemos una conversación entre una persona proveniente de la experiencia homosexual y otra proveniente de la experiencia gay: ¿estaremos observando realmente un diálogo en el que los interlocutores tienen un piso de significatividades compartidas? ¿En el que “saben” de que habla el otro? Escuchando varias veces entrevistas que iremos presentando he pensado que esa imaginada conversación podría quedarse atascada, con la excepción de un único tema cohesionante: el matrimonio igualitario. Unos y otros hablan como si –objetivamente- ya nada de la opresión sexual los uniese. “¿Cómo será posible que no veas lo que yo veo?” imagino que podrían decirse para sus adentros tanto los homosexuales como los gays cuando se escuchan. Unos

narrando el mundo de las teteras, de los baldíos, de las detenciones policiales, de un mundo de diez cuadras donde caminar para conseguir un encuentro sexual afortunado, de las expulsiones del trabajo, del *coming out* tardío o imposible (según el lugar), de los padres que se murieron sin saber (al menos de su boca) que era homosexual, del *coming out* obligado en tiempos del SIDA, de amigos muertos, de cines pornográficos con olor embriagante a sexo y orina. Los otros hablando de las redes sociales de Internet, de la cantidad de filtros que pudo poner para cerciorarse de que la persona que ha conocido no sea un criminal, de los saunas en los que puede fornicar acostado, luego ducharse y luego ver un DVD en pantalla plana, de boliches bailables mixtos, de fiestas *friendly* y de que sus padres llamaron a una organización gay para saber cómo tenían que hacer para hablar con él, porque querían apoyarlo, una vez que habían advertido que era gay.

Los ejemplos podrían ampliarse pero ya son suficientes. Todos son innegables, es verdad, pero eso no quiere decir que sean verdaderos. Los relatos refieren solamente a los extremos de ambas experiencias como si el proceso que estamos estudiando pudiera comprenderse a través de la magnificadora lógica del blanco y negro.

Existe, sin embargo, una inconmensurable zona gris que aún nos permite hablar de continuidades de la experiencia homosexual en la experiencia gay: los peligros que siguen acechando a las personas gays en las escuelas (sea maestros o alumnos), la violencia física o el insulto que yerguen sus poderes aleccionadores de la nada, o la certeza de que un marco de interacción puede desmoronarse si se da un paso más en dejar en claro que una persona es gay en plena era de la "corrección política", son todas situaciones probabilísticamente esperables a los gays que no figuran en muchos de los diagnósticos de los últimos homosexuales. Asimismo, si queremos ilustrar lo mismo desde la óptica de las jóvenes generaciones gays, es notable como la resignificación del proceso del *coming out* les fomenta la ilusión de un yo, centrado, soberano y decisor, sin ni siquiera animarse a pensarlo como el resultado de una incitación imparables del entorno no-gay que los lleva finalmente a una "confesión" no tan distinta de la que tenían que hacer los homosexuales.

Pero más allá de la selectividad perceptiva, más allá de estos relatos naturales de coincidencia entre realidad y representación de la realidad, hay dos cosas reales que debemos destacar: primero, que el ocaso del mundo homosexual es la piedra angular para explicar por qué los interlocutores ignoran lo que los otros dicen, y segundo, que esta ignorancia es la fuente de sensaciones de abatimientos que no están simétricamente distribuidas entre homosexuales y gays. Hoy, los gays tienen un mundo efectivo al alcance efectivo. En cambio, los últimos homosexuales disponen de

un mundo efectivo mucho más reducido y un extenso mundo de recuerdos irrecuperables.

Sin mundo al alcance recuperable, podemos deducir que esas subjetividades entran – como señalaba Goffman arriba- en un proceso abierto de vulneración.

Quisiera precisar que “vulneración” no posee aquí un sentido negativo. En principio, “vulnerar” una experiencia hace referencia a un estado cognitivo en el cual las personas comienzan a tener la sensación de que algo no “encuadra” –vuelvo a las sugerentes metáforas de Goffman (2006)- a la hora de conjeturar sobre las personas y las cosas. Una experiencia fue vulnerada cuando se hace evidente que se necesitan nuevas “claves” (Goffman, 2006) para comprender y ser comprendido.

También quisiera precisar que –en sí misma- la vulnerabilidad de la experiencia no es exactamente lo que nos interesa como hilo de la ponencia. Mas bien, lo que queremos ver es qué sucede –desde la perspectiva de los actores- el día después de la vulneración, lo cual es algo bastante parecido a preguntarnos qué le sucede a una persona el día posterior a que abandona una cárcel, a ver qué recursos podrá poner en juego para re-configurar su vida social. Así, “¿qué efectos produce la vulneración de las experiencias en la subjetividad de las personas?” o “¿cómo se sale - subjetivamente hablando- de la vulneración?” no son preguntas relativas a la vulneración de la experiencia homosexual sino a cómo se gestiona la experiencia homosexual en un contexto social trastocado. Es éste último el tema principalísimo.

Si se demuestra la vulnerabilidad de algo es seguro que vamos a hipotetizar sobre dos reacciones: clausurar la puerta de entrada de las energías disolventes, o bien, disolverse en ellas. Menos común es imaginar compromisos intermedios. Consecuentemente, pensando en nuestra unidad de análisis (los “últimos homosexuales”) trataremos de demostrar cómo en un extremo tendremos la incorporación al mundo nuevo y en el otro extremo la resistencia desde un mundo en evaporación.

A continuación presentaremos fragmentos ilustrativos extraídos de relatos de vida. Pero antes, culminaremos con una definición: de todas aquellas personas que se hayan visto envueltas en estos trastocamientos de la percepción del mundo, o que hayan sentido en la era gay que han vivido disyuntivamente un tiempo homosexual, diremos que pertenecen a la categoría de los “últimos homosexuales”.

Presentar las relatos de vida de: Gabriel, Luis, Miguel Angel y Nano.

Bibliografía

ARFUCH, Leonor: *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

AAVV: BAGAY. *La guía total de Buenos Aires 2008-09*, Buenos Aires, VACA Ediciones y Contenidos, 2008.

BAUMAN, Zygmunt: *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

BERTAUX, Daniel: "L'approche biographique: Sa validité méthodologique, ses potentialités", en *Revista Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. LXIX, París, 1980.

BOURDIEU, Pierre: "Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo" en AAVV *Materiales de sociología crítica*, Madrid, La Piqueta, 1985.

—: "Génesis y estructura del campo religioso" en *Revista Relaciones*, nº 108, El Colegio de Michoacán, 2006.

—: *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

CASTORIADIS, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*, (2 volúmenes) Buenos Aires, Tusquets, 2003.

GOFFMAN, Eving: *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

MECCIA, Ernesto: "El teatro que no representa. Una reseña tardía con algunas reflexiones actuales de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* de Erving Goffman" en *Revista Argentina de Sociología* nº 4, Buenos Aires, Consejo de Profesionales en Sociología – Miño y Dávila Editores, 2005.

—: *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores, 2006.

—: "Los últimos homosexuales" en *Revista Caras y Caretas*, nº 2230, 2009.

POLLAK, MICHAEL: "La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el ghetto?" en ARIES, Phillipe, BEJIN, Andre, FOUCAULT, Michel y otros: *Sexualidades occidentales*, Buenos Aires, Paidós, 1987.

—: "Memoria, olvido, silencio" en *Revista Estudios Históricos*, vol. 2, nº 3, Río de Janeiro, 1989. (Traducción de la Maestría en Historia y Memoria de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina). Disponible en

http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyense%C3%B1anza/pdf_biblioteca/Pollak-%20Memoria%20olvido%20silencio.pdf

PROPP, Vladimir: *Morfología del cuento*, Madrid, Fundamentos, 1987.

SCHUTZ, Alfred. *Fenomenología del mundo social*, Editorial Paidós. Buenos Aires. 1972.

SIMÕES, Júlio Assis. 2004. "Homossexualidade Masculina e Curso da Vida: pensando idades e identidades sexuais". In: CARRARA, S.; GREGORI, M. F. & PISCITELLI, A. (orgs.). *Sexualidade e Saberes: Convenções e Fronteiras*. Rio de Janeiro: Garamond.

WEBER, Max: "El profeta" en *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

—: "El problema de la teodicea" en *Sociología de la religión*, Madrid, Istmo, 1997.

WILLIAMS, Raymond: *Marxismo y literatura*", Barcelona, Península, 1980.

ZUCCARINO, César: "Una aproximación al pensamiento de Raymond Williams" en Revista *Miradas de la UNdeC*, año 1, Chilecito, Universidad Nacional de Chilecito, Argentina.
